

menester que te abandones así sin otras miras ni resistencia alguna, dejándome hallar mi contento a tus expensas; pero nada perderás en ello.»

Me prometió no alejarse de mí jamás, diciéndome:

«Está siempre pronta y dispuesta a recibirme, porque quiero en adelante hacer en ti mi morada, para conversar y entretenerme contigo.»

45. Misteriosa presencia del Divino Maestro

Desde este momento me favoreció con su divina presencia; pero de un modo cual no lo había experimentado hasta entonces, pues nunca había recibido una gracia tan grande, a juzgar por los efectos obrados siempre en mí desde este día. Le veía, le sentía cerca de mí y le oía mucho mejor que con los sentidos corporales, mediante los cuales hubiera podido distraerme para desviarme de El; pero a esto no podía poner obstáculo alguno, no teniendo en ello ninguna participación.

Me infundió un anonadamiento tan profundo que me sentí súbitamente como caída y perdida en el abismo de mi nada, del que no he podido ya salir por respeto y homenaje a esta infinita grandeza, ante la cual quería estar siempre postrada con el rostro en tierra o de rodillas. Hasta ahora lo he hecho, en cuanto mis ocupaciones y mi debilidad han podido permitírmelo, pues El no me dejaba reposar en una postura menos respetuosa y no me atrevía a sentarme, a no ser cuando me hallaba en presencia de alguna persona, por la consideración

de mi indignidad, la cual El me hacía ver tan grande, que no osaba presentarme a nadie sino con extraña confusión, y deseando que no se acordasen de mí, sino para despreciarme, humillarme e injuriarme, porque sólo eso merecía.

Gozaba tanto este Unico Amor de mi alma en verme tratar así, que, contra la sensibilidad de mi natural orgulloso, no me dejaba hallar gusto entre las criaturas, sino en ocasiones de contradicción, de humillación y de abyección. Eran éstas mi manjar delicioso, el cual nunca ha permitido El que me faltase, ni jamás me decía: «Basta». Antes al contrario, suplía El mismo la falta de parte de las criaturas o de mí misma; pero ¡Dios mío!, era de un modo mucho más sensible, cuando os mezclábais Vos en ello, y sería demasiado larga mi explicación.

46. Las dos santidades de amor y de justicia

Me honraba con sus conversaciones; unas veces cual si fuera un amigo o un esposo el más apasionado, otras cual un padre herido de amor por su hijo único; otras, en fin, bajo formas diferentes. Callo los efectos que producía esto en mí.

Diré sólomente que me hizo ver en El dos santidades: la una de amor, y la otra de justicia; ambas rigurosísimas a su manera y ambas se ejercerían continuamente sobre mí. La primera me haría sufrir una especie de purgatorio dolorosísimo y difícil de soportar, para alivio de las santas almas en él detenidas, a las cuales permitiría dirigirse a mí según su beneplácito. Y la santidad de justicia, tan terrible y espantosa para los pecadores, me haría sentir todo

el peso de su justo rigor, atormentándome en beneficio de los mismos y

*«particularmente —me dijo— de las almas que me están consagradas, por cuya causa te haré ver y sentir de aquí en adelante lo que te conven-
drá sufrir por mi amor.»*

Mas Vos, Dios mío, que conocéis mi ignorancia e impotencia para explicar cuanto ha pasado después entre vuestra Soberana Majestad y vuestra miserable e indigna esclava, por los efectos siempre activos de vuestro amor y de vuestra gracia, dadme el medio de poder decir algo de lo más inteligible y sensible, y capaz de hacer ver hasta qué exceso de liberalidad ha ido vuestro amor hacia un objeto tan miserable e indigno.

47. Resistencia a dejarse conducir por Dios

Mas como nada ocultaba a mi Superiora y Maestra, aunque muchas veces no comprendiese yo misma lo que les estaba diciendo, me hicieron ellas conocer que iba por caminos extraordinarios impropios de las hijas de Santa María. Esto me afligió mucho y fue causa de no dejar género de resistencia que no hiciese para separarme de tales caminos. Mas era en vano, porque este Espíritu había adquirido tal imperio sobre el mío, que no podía ya disponer de éste, ni tampoco de mis otras potencias interiores, las cuales tenía absortas en Él.

Me esforzaba cuanto podía por seguir el método de la oración, que me enseñaban, con las otras prácticas; pero nada quedaba en mi espíritu. Por más

que leía los puntos de mi oración, se desvanecía todo y no me era posible entender ni retener nada, fuera de lo que me enseñaba mi Divino Maestro. Esto me hacía sufrir mucho, porque se destruían en mí, en cuanto era posible, todas sus operaciones, y sin embargo se me ordenaba hacerlo así. De este modo, siguiendo exactamente cuanto la obediencia me mandaba, combatía contra El con todas mis fuerzas para sustraerme a su poder, que hacía inútil el mío.

Quejábame a El, diciéndole:

«Y bien, mi Soberano Maestro, ¿por qué no me dejáis el camino ordinario de las hijas de Santa María? ¿Me habéis traído a vuestra Santa Casa para perderme? Dad esas gracias extraordinarias a las almas escogidas, las cuales sabrán corresponderos y glorificaros mejor que yo, que sólo sé resistiros. No quiero sino vuestro amor y vuestra cruz, y esto me basta para ser una buena religiosa, que es todo cuanto deseo.»

Y El me respondió:

«Combatamos, hija mía, lo admito gustoso, y veremos quién conseguirá la victoria, si el Criador o la criatura, la fuerza o la debilidad, la Omnipotencia o la impotencia; pero el que sea vencedor, lo será para siempre.»

Púsome esto en una confusión extrema, durante la cual me dijo:

«Sabe que no me has ofendido con esas luchas y oposiciones que me has hecho por obediencia, por la cual di mi vida; pero quiero enseñarte que soy el dueño absoluto de mis dones y de

mis criaturas, y que nada podrá impedirme cumplir mis designios. Por lo cual no sólo quiero que hagás cuanto te mandan tus Superiores, sino más aún: que nada hagás de cuanto Yo te ordenare, sin su consentimiento; porque amo la obediencia y sin ella no se me puede agradar.»

Quedó con esto complacida mi Superiora y me ordenó abandonarme en brazos del divino poder, lo cual hice con grande gozo, y sintiendo súbitamente paz en mi alma, que estaba sufriendo una tiranía cruel.

48. Nuevo abandono querido por el Señor

Me pidió, después de comulgar, que le reiterase el sacrificio, ofrecido ya, de mi libertad y de todo mi ser; lo hice con toda mi alma, diciéndole:

«Con tal que no hagáis, mi Soberano Maestro, aparecer nunca en mí nada extraordinario, a no ser lo que pueda causarme mayor humillación y desprecio delante de las criaturas y destruirme en su estimación; pues, ¡ay de mí!, conozco, Dios mío, mi flaqueza, temo haceros traición y que no estén seguros en mí vuestros dones.»

«Nada temas, hija mía —me dijo—; todo lo arreglaré, porque Yo mismo seré el custodio y te haré impotente para resistirme.»

«¿Y qué, Dios mío, me dejaréis vivir siempre sin sufrir?»

49. La pura cruz. Tres deseos imperiosos

Se me mostró inmediatamente una gran cruz, cuya extremidad no podía ver; pero toda ella estaba cubierta de flores:

«He ahí el lecho de mis castas esposas —me dijo—, donde te haré gustar las delicias de mi amor: poco a poco irán cayendo esas flores, y sólo te quedarán las espinas, ocultas ahora a causa de tu flaqueza, las cuales te harán sentir tan vivamente sus punzadas, que tendrás necesidad de toda la fuerza de mi amor para soportar el sufrimiento.»

Regocijéronme en extremo estas palabras, pensando que no habría jamás penas, humillaciones ni desprecios suficientes a extinguir mi ardiente sed de padecer, ni podría hallar yo mayor sufrimiento que la pena de no sufrir lo bastante, pues no dejaba de estimularme su amor de día ni de noche.

Pero me afligían las dulzuras: deseaba la cruz sin mezcla, y habría querido por esto ver siempre mi cuerpo agobiado por las austeridades y el trabajo. Tomaba de éste cuanto mis fuerzas podían soportar, porque no me era posible vivir un instante sin sufrimiento. Cuanto más sufría, más contentaba a la santidad de amor, la cual había encendido en mi corazón tres deseos, que me atormentaban incesantemente: el uno de sufrir, el otro de amarle, el tercero de morir para unirme con El.

50. Retiro para la Profesión. Amor a la cruz

No me cuidaba ya de tiempos ni de lugares, desde que me acompañaba a todas partes mi Soberano. Me hallaba indiferente para todas las disposiciones que acerca de mí pudieran tomarse: el estar bien segura de que El se había entregado a mí sin mérito alguno de mi parte y sólo por su pura bondad, y por consiguiente, nadie podría quitármelo, me hacía vivir contenta en todas partes.

Experimenté esto cuando se me obligó a hacer los ejercicios de mi Profesión guardando en el jardín una asnilla con su pollino, los cuales no poco ejercitaban mi paciencia, porque no se me permitía atarla, y se quería que la retuviese en un pequeño ángulo antes señalado, por temor de que causaran daño alguno, y no hacían sino correr. No hallaba momento de reposo hasta el toque del *Angelus* de la tarde, que iba a cenar, y aun después volvía al establo, donde empleaba parte del tiempo de los Maitines en darles su pienso.

Tal era mi gusto en esta ocupación, que no me sentiría inquieta aunque hubiera de durarme toda la vida. Tan fiel compañero hallaba en mi Soberano, que para nada me impedían cuantas carreras me era preciso dar.

Pues allí fue donde recibí tan grandes favores, cual nunca los había experimentado semejantes; sobre todo aquel en que me dio conocimiento acerca del misterio de su sagrada Pasión y muerte. Pero su descripción es un abismo, y la suprimo por no hacerme interminable. Diré solamente que me inflamó tanto en amor de la cruz, que no puedo vivir un instante sin sufrir; pero sufrir en silencio, sin consuelo,

alivio ni compasión, y morir con el Soberano de mi alma, agobiada bajo la cruz de toda clase de oprobios, humillaciones, olvidos y desprecios.

Este amor me ha durado toda mi vida, y la he pasado toda entera, gracias a su misericordia, en este género de ejercicios del puro amor. El ha tenido siempre el cuidado de proveerme con abundancia de estos manjares tan deliciosos a su paladar, que jamás dice: «Basta».

51. Exigencias de la santidad de Dios

Una vez me dio esta lección mi Divino Maestro, con motivo de una falta cometida por mí:

«Sabe —me dijo— que soy un Maestro santo, y enseño la santidad. Soy puro, y no puedo sufrir la más pequeña mancha. Por lo tanto, es preciso que andes en mi presencia con simplicidad de corazón e intención recta y pura. Pues no puedo sufrir el menor desvío, y te daré a conocer que si el exceso de mi amor me ha movido a ser tu Maestro para enseñarte y formarte en mi manera y según mis designios, no puedo soportar las almas tibias y cobardes, y que, si soy manso para sufrir tus flaquezas, no seré menos severo y exacto en corregir tus infidelidades.»

Bien me lo ha hecho experimentar durante mi vida; porque puedo decir que no me ha dejado pasar la más pequeña falta, por poco de propia voluntad o de negligencia que hallare en ella, sin reprenderme y castigarme, aunque siempre según su infinita bondad y misericordia.

Confieso, sin embargo, que nada era para mí más doloroso y terrible que verle incomodado contra mí, aunque fuese poco. En su comparación nada me parecían los demás dolores, correcciones y mortificaciones; y así iba inmediatamente a pedir penitencia, pues se contentaba con las impuestas por la obediencia.

52. No quiere las obras hechas por propia voluntad

Lo que más severamente me reprendía, era las faltas de respeto y atención delante del Santísimo Sacramento, en particular en las horas de oración y del Oficio Divino, las de rectitud y pureza de intención en ellos y la vana curiosidad. Aunque sus ojos puros y perspicaces descubren el más mínimo defecto de caridad y humildad para reprenderlos con rigor, nada es, sin embargo, comparable ante ellos con la falta de obediencia, ya sea a los Superiores, ya a las reglas; la menor réplica a los Superiores con señales de repugnancia le es insoportable en un alma religiosa.

«Te engañas —me decía— creyendo que puedes agradarme con esa clase de acciones y mortificaciones, en las cuales la voluntad propia, hecha ya su elección, más bien que someterse, consigue doblegar la voluntad de las Superiores. ¡Oh!, sabe que rechazo todo eso como fruto corrompido por el propio querer, el cual en un alma religiosa me causa horror, y me gustaría más verla gonzando de todas sus pequeñas comodidades por obediencia, que martirizándose con austeridades y ayunos por voluntad propia.»

Y así cuando me ocurre hacer una de esas mortificaciones y penitencias por propia elección, sin orden suya o de mis Superiores, no me permite siquiera ofrecérselas, y me corrige imponiéndome la pena, como lo hace con las demás faltas, cada una de las cuales tiene la suya particular en este purgatorio, en que me purifica para hacerme menos indigna de su divina presencia, comunicación y operaciones; pues El es quien todo lo hace en mí.

Un día que tomaba disciplina, al terminar el *Ave maris stella*, que era el tiempo concedido para esto, me dijo:

«*He ahí mi parte*», y prosiguiendo yo, «*He ahí la del demonio* —añadió— *lo que haces ahora.*»

Lo cual me hizo cesar al momento. Otra vez, tomándola por las almas del Purgatorio, desde el instante en que quise traspasar los límites permitidos, me rodearon éstas quejándose de que descargaba sobre ellas los golpes. Por esto me resolví a morir antes de traspasar, por poco que fuera, los límites de la obediencia; pues, después de todo, me obligaba a hacer penitencia por ello. Pero nada encontraba difícil, porque todavía en esa época tenía El anegado en las dulzuras de su amor todo el rigor de mis penas y sufrimientos. Pedíale con frecuencia que apartara de mí tales dulzuras, para dejarme gustar con placer las amarguras de sus angustias, abandonos, agonías, oprobios y demás tormentos; mas respondíame que debía someterme con indiferencia a todas sus varias disposiciones y nunca dictarle leyes:

«*Yo te haré comprender en adelante que soy*

un sabio y prudente Director, y sé conducir sin peligro las almas, cuando se abandonan a Mí, olvidándose de sí mismas.»

53. Primera manifestación del Corazón de Cristo: 27 de diciembre de 1673

Un día que me hallaba un poco más libre, pues las ocupaciones de la obediencia apenas me dejaban reposar, estando delante del Santísimo Sacramento me encontré toda penetrada por esta divina presencia; pero tan fuertemente, que me olvidé de mí misma y del lugar en que estaba, y me abandoné a este Espíritu, entregando mi corazón a la fuerza de su amor.

Me hizo reposar por muy largo tiempo sobre su pecho divino, en el cual me descubrió todas las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su Corazón Sagrado, que hasta entonces me había tenido siempre ocultos. Aquí me los descubrió por vez primera; pero de un modo tan operativo y sensible, que a juzgar por los efectos producidos en mí por esta gracia, no me deja motivo alguno de duda, a pesar de temer siempre engañarme en todo cuanto refiero de mi interior. He aquí cómo me parece haber sucedido esto:

El me dijo: «Mi divino Corazón está tan apasionado de amor por los hombres, y por ti en particular, que no pudiendo ya contener en sí mismo las llamas de su caridad ardiente, le es preciso comunicarlas por tu medio, y manifestarse a todos para enriquecerlos con los preciosos tesoros que

te descubro, los cuales contienen las gracias santificantes y saludables necesarias para separarles del abismo de perdición. Te he elegido como un abismo de indignidad y de ignorancia, a fin de que sea todo obra mía.»

4. La discípula predilecta del Sagrado Corazón

Me pidió después el corazón, y yo le supliqué que lo tomase. Lo cogió e introdujo en su Corazón dorado, en el cual me lo mostró como un pequeño tomo, que se consumía en aquel horno encendido. Lo sacó de allí cual si fuera una llama ardiente en forma de corazón, y volviólo a poner en el sitio de donde lo había cogido, diciéndome:

«He ahí, mi muy amada, una preciosa prenda de mi amor, el cual encierra en tu pecho una pequeña centella de sus vivas llamas para que te sirva de corazón, y te consuma hasta el postrer momento. No se extinguirá su ardor, ni podrá encontrar refrigerio a no ser algún tanto en la sangría, cuya sangre marcaré de tal modo con mi cruz, que en vez de alivio te servirá de humillación y sufrimiento. Por esto quiero que la pidas con sencillez, ya para cumplir la regla, (1) ya para darte el consuelo de derramar tu sangre sobre la cruz de las humillaciones. Y por señal de no ser pura imaginación la grande gracia que acabo de

(1) Se recomienda en sus Constituciones a las religiosas de la Visitación, pedir, con confianza a la Superiora aquello que piensan les es necesario.

concederte, y sí el fundamento de todas las que te he de hacer aún, te quedará para siempre dolor de tu costado, aunque he cerrado Yo mismo la llaga; y si tú no te has dado hasta el presente otro nombre que el de “mi esclava”, Yo te doy desde ahora el de “discípula muy querida” de mi Sagrado Corazón.»

Después de un favor tan grande, y que duró por tan largo espacio de tiempo, sin saber si estaba en el cielo o en la tierra, quedé por muchos días como abrasada toda y embriagada y tan fuera de mí, que no podía reponerme para hablar, sino haciéndome violencia; y era tanto lo que necesitaba violentarme para recrearme y comer, que llegaba al extremo de agotar mis fuerzas para sobreponerme a la pena, causándome esto una humillación profunda. Tampoco podía dormir, porque la llaga, cuyo dolor me es tan grato, engendra en mí tan vivos ardores, que me consume y me abrasa viva.

Era tal la plenitud de Dios que en mí sentía, que no me era posible explicárselo a mi Superiora, como lo habría deseado y hecho, no obstante la pena y confusión que me causaban semejantes favores, cuando los refiero, por mi grande indignidad, la cual me obligaba a elegir antes mil veces el publicar mis pecados en presencia de todo el mundo. Y hubiera experimentado una consolación grande si se me hubiese permitido hacer públicamente mi confesión general en el refectorio, para poner de manifiesto mi gran fondo de corrupción, a fin de que nada se me atribuyera de los favores recibidos.

55. Revelación de los primeros Viernes de mes

La gracia de que acabo de hablar, con motivo de mi dolor de costado, se me renovaba los primeros viernes de mes en esta forma: Se me representaba el Sagrado Corazón como un sol brillante de esplendorosa luz, cuyos ardentísimos rayos caían a plomo sobre mi corazón, el cual se sentía al instante abradado con tan vivo fuego, que parecía me iba a reducir a cenizas. Estos eran los momentos particularmente elegidos por el Maestro Divino para manifestarme lo que quería de mí y descubrirme los secretos de este amable Corazón.

Una vez, entre otras, estando expuesto el Santísimo Sacramento, después de sentirme completamente retirada al interior de mí misma por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias, se me presentó Jesucristo, mi Divino Maestro, todo radiante de gloria, con sus cinco llagas, que brillaban como cinco soles, y por todas partes salían llamas de su sagrada humanidad, especialmente de su adorable pecho, el cual parecía un horno. Abrióse éste y me descubrió su amantísimo y amabilísimo Corazón, que era el vivo foco de donde procedían semejantes llamas.

Entonces fue cuando me descubrió las maravillas inexplicables de su puro amor, y el exceso a que le había conducido el amor a los hombres, de los cuales no recibía sino ingratitudes y desprecios.

56. Margarita debe suplir la ingratitud de los hombres

«Esto —me dijo— me es mucho más sensible que cuanto he sufrido en mi pasión: tanto, que si me devolvieran algún amor en retorno, estimaría en poco todo lo que por ellos hice, y querría hacer aún más, si fuese posible; pero no tienen para corresponder a mis desvelos por procurar su bien, sino frialdad y repulsas. Mas tú, al menos, dame el placer de suplir su ingratitud, en cuanto puedas ser capaz de hacerlo.»

Y manifestándole mi impotencia, me respondió:

«Toma, ahí tienes con qué suplir todo cuanto te falta.»

Y al mismo tiempo se abrió el Divino Corazón, y salió de El una llama tan ardiente, que creí ser consumida, pues me sentí toda penetrada por ella y no podía ya sufrirla, tanto que le rogué tuviera compasión de mi flaqueza.

57. Peticiones de Jesús. Comunión frecuente, Hora Santa

«Yo seré —me dijo— tu fuerza, nada temas; pero sé atenta a mi voz, y a cuanto te pido para disponerte al cumplimiento de mis designios. Primeramente, me recibirás sacramentado, siempre que te lo permita la obediencia, sean cuales fueren las mortificaciones y humillaciones que vengan sobre ti, las cuales debes aceptar como prendas de mi amor.

También comulgarás todos los primeros viernes de cada mes, (1) y todas la noches de jueves a viernes te haré partícipe de la tristeza mortal que tuve a bien sentir en el Huerto de los Olivos. Esta tristeza te reducirá, sin poder tú comprenderlo, a una especie de agonía más dura de soportar que la muerte. A fin de acompañarme en la humilde oración que hice entonces a mi Padre en medio de todas mis angustias, te levantarás entre once y doce de la noche para postrarte conmigo, durante una hora, la faz en la tierra, ya para calmar la cólera divina, pidiendo misericordia por los pecadores, ya para dulcificar de algún modo la amargura que sentí en el abandono de mis apóstoles, la cual me obligó a echarles en cara que no habían podido velar una hora conmigo; y durante esta hora harás lo que te enseñare.

Mas oye, hija mía, no creas ligeramente a todo espíritu, y no te fíes, porque Satanás rabia por engañarte. He aquí por qué no has de hacer nada sin la aprobación de los que te guían, a fin de que, teniendo el permiso de la obediencia, no pueda seducirte; pues no tiene poder alguno sobre los obedientes.»

58. Pruebas, humillaciones, enfermedades

Durante todo ese tiempo ni tenía conciencia de mí misma, ni aun sabía dónde estaba. Cuando vinie-

(1) "La Gran Promesa" de la comunión de los 9 primeros viernes de mes está en la carta 87 a la Madre Saumaise y en el Acta de Canonización.

ron a sacarme de allí, viendo que no podía hablar, ni aun sostenerme sino a duras penas, me condujeron a Nuestra Madre, (1) la cual, viéndome como enajenada, ardiendo toda, temblorosa y arrodillada a sus pies, me mortificó y humilló con todas sus fuerzas, dándome en ello un placer y gozo increíbles. Pues me creía hasta tal punto criminal y tan llena de confusión estaba, que cualquier riguroso tratamiento a que se hubiera podido someterme, me habría parecido demasiado suave.

Después de haberle referido, aunque con extrema confusión, cuanto había pasado, recargó la dosis de mis humillaciones, y no me concedió por esta vez nada de cuanto yo creía que Nuestro Señor me mandaba hacer, ni acogió sino con desprecio cuanto yo le había dicho. Esto me consoló mucho y me retiré con grande paz.

El fuego que me devoraba me produjo, desde luego, una fiebre grande y continua; pero tenía demasiado placer en sufrir para quejarme, o decir cosa alguna, hasta que al fin me faltaron las fuerzas. Conoció el médico que tenía la fiebre hacía ya largo tiempo, y aún sufrí después más de sesenta accesos.

Jamás experimenté consuelo semejante, pues los extremos dolores del cuerpo mitigaban algún tanto mi ardiente sed de sufrir. No se nutría ni animaba este fuego devorador sino con la madera de la cruz y de toda clase de sufrimientos, desprecios, humillaciones y dolores, sin padecer nunca dolor capaz de igualar a la pena de no sufrir lo bastante. Se creyó segura mi muerte.

(1) La Madre Saumaise.

59. Visión de la Santísima Trinidad

Pero continuando siempre Nuestro Señor sus favores, recibí uno incomparable en un deliquio que me sobrevino. Me pareció que se presentaron ante mí las Tres Personas de la adorable Trinidad, e hicieron sentir grandes consolaciones a mi alma. Mas no pudiendo explicarme sobre lo sucedido entonces, diré solamente que, a mi parecer, el Eterno Padre, presentándome una pesadísima cruz erizada toda de espinas y acompañada de todos los instrumentos de la Pasión, me dijo:

«Toma, hija mía, te hago el mismo presente que a mi muy amado Hijo.» «Y Yo —añadió mi Señor Jesucristo— te clavaré en ella como lo fui yo mismo, y te haré fiel compañía.»

La Tercera de estas adorables Personas me dijo: «Que El, que no era más que amor, me consumiría allí purificándome.»

Quedó mi alma con una paz y un gozo inconcebibles, y no se ha borrado jamás la impresión hecha en ella por las Divinas Personas. Se me presentaron bajo la forma de tres jóvenes vestidos de blanco, radiantes de luz, de la misma edad, grandeza y hermosura. No comprendí entonces, como lo he comprendido después, los grandes sufrimientos que esto me anunciaba.

60. Se le pide una prueba de sus revelaciones

Como se me ordenó pedir a nuestro Señor la salud, lo hice; si bien con miedo de ser oída. Pero se

me dijo que por el restablecimiento de mi salud se conocería claramente si lo que en mí pasaba venía del Espíritu de Dios, y según esto se me permitiría después hacer cuanto El me había mandado, ya con respecto a la comunión de los primeros viernes de mes, ya en cuanto a la hora de vela en la noche del jueves al viernes, como El deseaba.

Habiendo representado al Señor todo esto por obediencia, recobré al instante la salud. Pues me recreó con su presencia la Santísima Virgen, mi buena Madre, me hizo grandes caricias, y después de una visita bastante prolongada, me dijo:

«Ánimate, mi querida hija, con la salud que te doy de parte de mi Divino Hijo, porque aún te resta que andar un camino largo y penoso, siempre sobre la cruz, traspasada por los clavos y las espinas y desgarrada por los azotes; pero no temas, no te abandonaré; te prometo mi protección.»

Promesa cuyo cumplimiento he experimentado claramente en las grandes necesidades que de Ella he tenido después.

61. La santidad de Dios no tolera ninguna mancha

Mi Soberano Señor continuaba recreándome con su presencia actual y sensible, según me había prometido hacerlo siempre, como arriba dije; y en efecto, jamás me privó de ella por culpas que cometiese.

Pero como su santidad no puede sufrir la más pequeña mancha, y me hace notar la más ligera im-

perfección, no podía yo soportar ninguna en que hubiera algo, aunque poco, de voluntad propia o de negligencia. Como, por otra parte, soy tan imperfecta y miserable que cometo muchas faltas, si bien involuntarias, confieso serme un tormento insoportable el comparecer delante de esta santidad, cuando he sido infiel en alguna cosa, y no hay suplicio al cual no me entregase antes que sufrir la presencia de este Dios santo, cuando está manchada mi alma con alguna culpa.

Me sería mil veces más grato arrojarme en un horno ardiendo.

62. Nuestro Señor le muestra el cuadro de lo que es ella

En cierta ocasión me dejé llevar de algún movimiento de vanidad hablando de mí misma. ¡Oh Dios mío! ¡Cuántas lágrimas y gemidos me costó esta falta! Porque, en cuanto nos hallamos solos El y yo, con un semblante severo me reprendió, diciéndome:

«¿Qué tienes tú, polvo y ceniza, para poder gloriarte, pues de ti no tienes sino la nada y la miseria, la cual nunca debes perder de vista, ni salir del abismo de tu nada? Y para que la grandeza de mis dones no te haga desconocer y olvidar lo que eres, voy a poner ese cuadro ante tus ojos.»

Y descubriéndome súbitamente el horrible cuadro, me presentó un esbozo de todo lo que soy.

Me causó tan fuerte sorpresa y tal horror de mí misma, que a no haberme El sostenido, hubiera

quedado pasmada de dolor. No podía comprender el exceso de su grande bondad y misericordia en no haberme arrojado ya en los abismos del infierno, y en soportarme aún, viendo que no podía yo sufrir-me a mí misma. Tal era el suplicio que me imponía por los menores impulsos de vana complacencia; así es que me obligaba a veces a decirle:

«¡Ay de mí! Dios mío, o haced que muera, u ocultadme ese cuadro, pues no puedo vivir mirán-dole.»

Porque producía en mí impresiones de insopor-table dolor, de odio y de venganza contra mí mis-ma, y no permitiéndome la obediencia ejecutar en mí los rigores que me inspiraba, sufría lo indecible.

Mas como sabía que el Soberano Dueño de mi alma se contentaba con lo ordenado por la obediencia, y tenía un placer singular en verme humillada, era sumamente fiel en acusarme de mis faltas para recibir por ellas penitencia; pues, por áspera que ésta pudiera ser, la juzgaba yo como un dulce refrige-rio al lado de la que me imponía El mismo, y eso que encontraba faltas en cuanto yo tenía por lo más puro y perfecto.

Me lo dio a conocer un día de Todos los Santos, en el cual de un modo inteligible me fue dicho:

*«En la inocencia no hay manchado nada;
nada hay perdido en manos del Señor;
nada se muda en la feliz morada;
todo allí se consume en el amor.»*

Por largo tiempo me ha tenido ocupada la expli-cación que recibí sobre estas palabras:

«En la inocencia nada hay manchado», es decir,

que no debía tolerar mancha alguna ni en mi alma, ni en mi corazón.

«Nada hay perdido en manos del Señor», es decir, que todo debía dárselo y abandonarlo en sus manos, pues siendo la Omnipotencia misma, nada se podía perder entregándoselo todo.

En cuanto a los otros dos versos, hablan del paraíso, donde nada se pasa, porque todo allí es eterno, y se consume en el amor.

Y como al mismo tiempo se me dejó ver una pequeña muestra de aquella gloria, ¡oh Dios, en qué transportes de júbilo y de deseos me hallé sumergida!

Estaba en Ejercicios y pasaba todo el día en estos placeres inexplicables, a cuya vista me parecía no tener ya otra cosa que hacer, sino ir prontamente a gozarlos. Pero me manifestaron que había echado mal mis cuentas estas palabras que oí:

*«En vano así tu corazón suspira
por ir, cual crees, a la eterna luz;
que nunca debe, quien al cielo aspira,
buscar otro camino que la cruz.»*

A continuación de esto, puso ante mis ojos todo cuanto tendría yo que sufrir durante el curso de mi vida. Se estremeció todo mi cuerpo, aunque no lo comprendí entonces por la descripción, como lo he comprendido después por los efectos que se siguieron.



Bosquecillo de los avellanos



Relicario del cerebro de santa
Margarita-María.



Marguerite Marie Alacoque

63. Dios le pide humildad y sinceridad en la confesión

Preparábame para hacer mi confesión anual con una ansiedad grande de conocer mis pecados, y mi Divino Maestro me dijo:

«¿Por qué te atormentas? Haz lo que está en tu poder, y Yo supliré lo demás que te falte. Pues nada pido tanto en este Sacramento, como un corazón contrito y humillado que con voluntad sincera de no desagradarme más, se acuse sin doblez. Entonces perdono sin tardanza, y se sigue de ahí una perfecta enmenda.»

64. Sus temores acerca del espíritu que la guía

Este Espíritu Soberano, que obraba en mí independientemente de mí misma, había adquirido un imperio tan absoluto sobre todo mi ser espiritual y aun corporal, que no dependía de mí mover en mi corazón afecto alguno de gozo o de tristeza, sino como a El le agradaba, ni tampoco dar ocupación a mi espíritu, pues no podía tener otra distinta de la que El le proponía.

Esto me ha hecho estar siempre con extraño temor de ser engañada, no obstante la seguridad que haya podido recibir en contrario, tanto de su parte, como de las personas que me guiaban, es decir, mis Superiores; pues no me habían dado jamás Director, sino para examinar la conducta del Señor conmigo o desaprobarla con plena libertad.

Mi sentimiento era ver que en lugar de sacarme

del engaño en que creía efectivamente hallarme, me engolfaban aún más, tanto mis confesores, como los otros, diciéndome que me abandonara al poder de ese Espíritu, y me dejara sin reserva conducir por El, y que, aun cuando hiciese de mí un juguete del demonio, como yo creía, no debía dejar de seguir sus impulsos.

65. La vestidura de la inocencia

Hice, pues, mi confesión anual, y terminada me parecía ver y sentirme despojar de mi vestidura y revestirme al mismo tiempo de otra blanca, mientras percibía estas palabras:

«He aquí la estola de la inocencia, con la cual revisto tu alma, a fin de que no viva sino con la vida de un Hombre-Dios, es decir, que vivas como si no vivieses, dejándome vivir en ti, porque soy tu vida y no vivirás sino en Mí y por Mí. Quiero que obres como si no obras, dejándome obrar en ti y por ti, abandonándome el cuidado de todo. No debes tener voluntad o debes conducirte como si no la tuvieras, dejándome querer por ti en todo y en todas partes.»

66. Vida feliz o crucificada

Una vez se me presentó este Unico Amor de mi alma trayendo en una mano el cuadro de una vida, la más feliz que imaginarse pudiera para un alma religiosa, vida llena de paz, de consolaciones interiores

y exteriores, de una santidad perfecta unida al aplauso y estimación de las criaturas, y otras cosas agradables a la naturaleza. En la otra mano traía otro cuadro, el de una vida siempre pobre y abyecta, siempre crucificada por las humillaciones, desprecios y contradicciones de todo género, siempre sufriendo en el cuerpo y en el espíritu. Púsome delante las dos vidas y me dijo:

«Elige, hija mía, la que más te agradare; Yo te haré los mismos favores, ora elijas una, ora la otra.»

Me postré a sus pies para adorarle y le dije: «¡Oh Señor mío! Nada quiero sino a Vos mismo y la elección que Vos hagáis para mí.» Y después de haberme instado mucho para que eligiese: «Vos me bastáis, Dios mío; añadí: elegid para mí la que más haya de glorificaros, sin miramiento alguno a mis intereses y satisfacciones. Contentaos Vos mismo y esto me basta.»

Entonces me dijo que había elegido con Magdalena la mejor parte, y jamás me sería arrebatada, porque El sería para siempre mi herencia.

Y presentándome el cuadro de la crucifixión:

—He ahí —me dijo— el que he elegido para ti y el que más me agrada, ya para el cumplimiento de mis designios, ya para hacerte semejante a Mí. El otro es el de una vida de gozos y no de méritos: es para la eternidad.»

Acepté, pues, aquel cuadro de muerte y de crucifixión, besando la mano del que me lo alargaba. Aunque gimió la naturaleza, lo abracé con todo el

afecto de que era capaz mi corazón, y al apretarlo contra mi pecho, lo sentí impreso en mí con tal viveza, que no me parecía ser yo misma otra cosa, sino un compuesto de todo cuanto en él había visto representado.

67. Dios la conduce por medio de su Superiora

De tal modo me encontré cambiada en la disposición de mi espíritu, que no me conocía. Dejé, sin embargo, el juicio de todo a mi Superiora, a quien nada podía ocultar, ni tampoco omitir cosa alguna de cuantas me mandaba, con tal que me viniese ordenado inmediatamente por ella.

Pues el Espíritu que me poseía, me hacía sentir repugnancias espantosas, cuando en semejantes casos quería guiarme por el consejo de otras, porque me había prometido dar siempre a la Superiora la luz necesaria para guiarme según sus designios.

68. Dios permite a Satanás que la ponga a prueba

Las mayores gracias y los favores inexplicables de su bondad los recibía en la Santa Comunión y durante la noche, especialmente en la del jueves al viernes. En una de estas ocasiones el Señor me advirtió que Satanás había pedido permiso para probarme en el fuego de las contradicciones y humillaciones, de las tentaciones y abandonos, como el oro en el crisol, y El se lo había concedido, exceptuando las tentaciones contra la pureza, pues no quería que me diese jamás pena alguna en semejante

materia, porque odia la impureza tan intensamente, que jamás le había querido permitir en mí el más mínimo ataque; pero respecto a todas las otras tentaciones debía estar muy prevenida, especialmente contra las del orgullo, desesperación y gula, a la cual tenía yo más horror que a la muerte.

Me aseguró, sin embargo, que nada debía temer, porque El estaría como muro inexpugnable dentro de mí misma, que combatiría por mí, me circundaría con su Omnipotencia para que no sucumbiese, y se haría El mismo el precio de mis victorias; pero era preciso que yo velara continuamente sobre todo lo exterior, pues del interior El se reservaba la custodia.

No tardé mucho en oír las amenazas de mi perseguidor. Presentóse delante de mí en forma de un moro horrible, con los ojos centelleantes como dos carbones, rechinando los dientes y diciéndome: «Yo me apoderaré de tí, ¡oh maldita!, y consigo tener-te una vez en mis manos, te daré bien a conocer lo que sé obrar; yo te dañaré en todo.»

Aunque me amenazó de otras mil maneras, nada de esto me preocupaba lo más mínimo; ¡tan fortalecida me sentía en mi interior! Me parecía que no habría temido ni a todos los furores del infierno por la grande fuerza que sentía dentro de mí, debida a la virtud de un pequeño crucifijo, al cual había dado mi Soberano Libertador el poder de alejar de mí todos los furores infernales. Siempre lo llevaba sobre mi corazón de día y de noche, y recibí de El grandes socorros.

69. Satanás la ataca; su ángel la defiende

Se me asignó por ocupación la enfermería. Sólo Dios pudo conocer lo que allí me fue preciso sufrir, ora por parte de mi natural pronto y sensible, ora por parte de las criaturas y del demonio. Este me hacía con frecuencia caer y romper cuanto tenía en las manos, y después se burlaba de mí riéndose a veces en mi misma cara. «¡Oh, torpe! —me decía—; jamás harás cosa de provecho.» Esto me ponía en tal tristeza y abatimiento, que no sabía qué hacerme; pues con frecuencia me quitaba el poder de dársele a nuestra Madre, porque al maligno espíritu la obediencia le abate y debilita todas sus fuerzas.

Una vez me arrojó desde lo alto de una escalera; llevaba yo en las manos un hornillo lleno de fuego, y sin que éste se derramase, ni yo recibiese daño alguno, me encontré abajo, si bien cuantos lo presenciaron, creyeron que me había roto las piernas; pero al caer me sentí sostenida por mi fiel ángel custodio. Pues tenía la dicha de gozar frecuentemente de su presencia, y de ser también frecuentemente por él reprendida y corregida.

En cierta ocasión, que quise entrometerme a hablar del matrimonio de una parienta, me dio a conocer cuán indigno era esto de un alma religiosa, y con tal severidad me reprendió, que me dijo me ocultaría su faz si volvía a mezclarme en esta clase de asuntos.

No podía él tolerar la menor inmodestia o falta de respeto en la presencia de mi Maestro Soberano, ante el cual le veía postrado en el suelo y quería que yo hiciese lo mismo. Lo hacía así con la mayor frecuencia que me era posible, y no hallaba postura

más agradable a mis continuos padecimientos de cuerpo y de espíritu, por ser la más conforme a mi nada. Jamás perdía ésta de vista y me sentía en ella abismada, ya me hallase entre penas o entre goces, sin que en éstos pudiera gustar de placer alguno.

70. El saludable pan de los sufrimientos

Pues la santidad de amor me impulsaba con tal violencia hacia el sufrimiento, para darle algo en retorno, que no podía hallar reposo más dulce que el de ver mi cuerpo agobiado por los dolores, mi espíritu por toda suerte de desamparos, y todo mi ser por las humillaciones, desprecios y contradicciones. No me faltaban por un favor de Dios, el cual no podía dejarme sin penas, ya interiores, ya exteriores. Y cuando disminuía este saludable alimento, me era preciso buscar otro en la mortificación, proveyéndome de abundante materia para ello mi natural sensible y orgulloso.

No quería mi Soberano Maestro que dejase perder en esto ocasión alguna, y si me acontecía perderla, a causa de la gran violencia que necesitaba hacerme para vencer mis repugnancias, me lo hacía pagar doblado. Cuando deseaba algo de mí, me constreñía a ejecutarlo tan vivamente, que me era imposible resistir, y por haber querido intentarlo muchas veces, he tenido mucho que padecer. Me cogía por todo lo más opuesto a mi natural y contrario a mis inclinaciones, y quería que avanzase siempre contra la corriente.

71. Dos actos heroicos de mortificación

Era tan sumamente delicada, que la menor suciedad me revolvía el estómago. Tan severamente me corrigió en este punto, que queriendo limpiar el vómito de una enferma, no pude librarme de hacerlo con mi lengua, y tragarlo diciendo: «Si tuviera mil cuerpos, mil amores, mil vidas, los inmolaría por sujetarme a Vos.» Hallé desde luego tantas delicias en esta acción, que habría deseado encontrar todos los días otras semejantes para aprender a vencerme sin otro testigo que Dios. Pero su bondad, a quien únicamente soy deudora de la fuerza con que me vencí, no dejó de significarme el placer que con ello había recibido; pues la noche siguiente, si mal no recuerdo, me tuvo unas dos o tres horas con la boca pegada a la llaga de su Sagrado Corazón. Me sería muy difícil explicar lo que entonces sentí, y los efectos que produjo esta gracia en mi corazón y en mi alma. Pero lo dicho basta para dar a conocer la gran bondad y misericordia de Dios con una tan miserable criatura.

No quería disminuir en nada mi sensibilidad y mis repugnancias, ya para honrar las que El había tenido a bien sentir en el Huerto de los Olivos, ya para darme materia de humillaciones y de triunfos.

Mas ¡ay de mí, que no soy fiel y caigo con frecuencia! Y El parecía a veces gozar con esto, sea por confundir mi orgullo, sea por fundarme en la propia desconfianza, viendo que sin El no podía obrar sino lo malo y dar continuas caídas sin poder levantarme. Entonces el soberano Bien de mi alma venía en mi ayuda, y cual un buen Padre me tendía sus amorosos brazos, diciéndome:

«Conoce, al fin, con claridad que nada puedes sin Mí.»

Con esto me derretía en afectos de gratitud hacia tan amorosa bondad; me sentía conmovida hasta derramar lágrimas al ver que no se vengaba de mis pecados e infidelidades, sino con los excesos de su amor, con los cuales parecía combatir mis ingratitudes. Me las ponía a veces delante de mis ojos juntamente con la multitud de sus gracias, reduciéndome a la imposibilidad de hablarle más que con mis lágrimas, sufriendo entonces lo inexplicable. Así se divertía con su indigna esclava este Divino Amor.

Un día, que había manifestado algo de la repugnancia que sentía mi corazón, sirviendo a una enferma de disentería, me reprendió por ello con tal aspereza, que para reparar mi falta me vi constreñida a ... (1).

72. Penoso sacrificio exigido por el Señor

«¡Oh, Señor mío! Lo hago para agradaros y ganar Vuestro Divino Corazón; espero que no me lo rehusaréis. ¡Mas cuánto no habéis hecho Vos, Señor mío, por ganar el de los hombres, y, sin embargo, os lo niegan y os arrojan de él con tanta frecuencia!»

«Es cierto, hija mía, que mi amor me ha hecho sacrificarlo todo por ellos, sin que nada me

(1) La delicadeza del mundo no podría soportar la relación que por obediencia hizo de esto nuestra Santa. Fue necesario que interviniera el mismo Señor para contenerla en el exceso de su mortificación.

devuelvan en cambio; pero quiero que suplas su ingratitud con los méritos de mi Sagrado Corazón. Yo te lo quiero dar, mas antes es menester que te constituyas su víctima de inmolación, para que por su medio apartes los castigos que la justicia divina de mi Padre, armada de cólera, quiere ejecutar en una comunidad religiosa, a la cual va a reprender y corregir llevado de su justo enojo.»

Me la dio a conocer al mismo tiempo, así como las faltas particulares que le habían irritado, y todo cuanto me era preciso sufrir para apagar su justa cólera.

Todo mi ser se estremeció entonces, y no tuve valor para ofrecirme al sacrificio. Respondí, pues, que no siendo dueña de mí misma, no podía hacerlo sin el consentimiento de la obediencia, y el temor de que se me obligase a ejecutarlo, me hizo negligente en pedirlo; más El me perseguía sin tregua y no me dejaba un momento de reposo. Yo me deshacía en lágrimas, y al fin me vi obligada a manifestárselo todo a mi Superiora (1), la cual, viendo mi pena, me dijo que me sacrificara sin reserva en todo cuanto de mí se deseaba.

Mas, Dios mío, entonces precisamente se redobló aún con mayor violencia mi pena, porque no tenía valor para decir el *sí*, y perseveraba en mi resistencia.

(1) La Madre Saumaise.

73. Por su resistencia se le exige un mayor sacrificio

La víspera de la Presentación (1) se me apareció la Divina Justicia armada de tan terrible manera, que quedé toda enajenada; y en la imposibilidad de defenderme, se me dijo lo que a San Pablo:

«Muy duro te es luchar contra los estímulos de mi justicia; pero, puesto que te has resistido tanto para evitar las humillaciones, que te convenía sufrieras en este sacrificio, te las daré duplicadas. No te pedía sino un sacrificio secreto; ahora lo quiero público, fuera de todo razonamiento humano en cuanto a la manera y tiempo, y acompañado de tan humillantes circunstancias, que te servirán de materia de confusión para el resto de tu vida ante ti misma y ante las criaturas, a fin de que comprendas lo que es resistir a Dios.»

¡Desgraciada de mí! Bien lo comprendí en efecto, pues jamás me he visto en tal estado; he aquí algunas cosas, pero no todo.

Después de la oración de la tarde no pude salir con las otras, y permanecí en el coro hasta la última señal para la cena, en un llanto y gemido continuos. Fui a hacer colación, pues era la víspera de la Presentación, y yendo, como arrastrada a viva fuerza, al acto de Comunidad, me encontré allí tan fuertemente impelida a llevar a cabo el sacrificio en alta voz, del modo que Dios me daba a conocer lo exigía de mí, que me vi precisada a salir en busca de mi Superiora, la cual se hallaba entonces enferma.

(1) 20 de noviembre de 1677.

Confieso, sin embargo, que estaba tan fuera de mí, que me veía como una persona ligada de pies y manos, a la cual no quedara cosa alguna libre interior y exteriormente sino las lágrimas. Las derramaba en abundancia pensando que eran la única expresión de mi sufrimiento, porque me consideraba como la más criminal del mundo, y conducida, arrastrada con cordeles, al lugar del suplicio. Tenía delante de mis ojos la santidad de Dios armada con los rayos de su justa indignación, dispuesta a lanzarlos para sepultarme, así me parecía, en las abiertas fauces del infierno, que veía descubierto a mis pies y pronto a devorarme.

Sentíame abrasada por un fuego devorador, que penetraba hasta la médula de mis huesos; todo mi cuerpo era presa de un temblor extraordinario, y no podía decir más que estas palabras: «Dios mío, tened piedad de mí, según la grandeza de vuestra misericordia.» Pasaba el tiempo restante gimiendo bajo el peso de mi dolor; sin hallar medio de dirigirme al aposento de mi Superiora hasta eso de las ocho, en que habiéndome encontrado una Hermana, me condujo allá.

Grande fue la sorpresa de mi Superiora al verme en semejante disposición; yo no podía explicársela, mas creía, para aumento de mi pena, que bastaba verme para conocerlo, y no era así. La Superiora, que sabía no existir otro medio que gozara de todo poder sobre el espíritu que me tenía en tal estado, sino la sola obediencia, me mandó referir mi pena. Inmediatamente le dije el sacrificio que Dios quería hiciese de todo mi ser en presencia de la Comunidad, y el motivo por el cual me lo pedía. No expresaré tal motivo por temor de faltar a la santa cari-

dad y herir al mismo tiempo al Corazón de Jesucristo, en el que tiene su origen esta virtud; por lo cual no quiere que se la toque en lo más mínimo, bajo cualquier pretexto que pudiera alegarse.

74. Noche de agonía

En fin, después de decir y hacer cuanto mi Soberano deseaba de mí, se habló y se juzgó sobre esto de diferentes modos; pero dejó todas estas circunstancias a la misericordia de Dios. Creo poder asegurar que nunca había sufrido tanto: aun cuando hubieran podido reunirse todos los sufrimientos que hasta entonces había tenido, y todos cuantos he tenido después, y aun cuando todos ellos juntos hubieran sido continuos hasta la muerte, no los juzgaría comparables a los que padecí esta noche, en la cual quiso Nuestro Señor favorecer a su miserable esclava para honrar la noche dolorosa de su Pasión, si bien no fue sino una pequeña partecilla. Se me llevó como arrastrada de una parte a otra, con espantosa confusión mía. (1)

Pasada, pues, semejante noche entre los tormentos que Dios sabe, y sin descanso hasta cerca de la hora de la Santa Misa, me pareció oír entonces estas palabras:

(1) La sospecha de la comunidad, que no podía dejar de caer sobre Margarita Maria, a la que veían tan rara (por la angustia e invitación entre decir y no decir la queja del Señor), estalló cuando la joven profesa reveló por fin lo que tenía Cristo contra las culpables, y eso estando enferma la Superiora. Pero éstas confesaron su falta y la virtud de la víctima terminó por ganarle la estima de todas.

«En fin, la paz está establecida: mi santidad de justicia está satisfecha con el sacrificio que has llevado a cabo para rendir homanaje al que Yo hice en el instante de mi Encarnación en el seno de mi Madre, cuyo mérito he querido unir al tuyo y renovarle por éste, a fin de aplicarle en favor de la caridad, como te lo había mostrado. He aquí por qué nada debes pretender, en cuanto puedas hacer y sufrir, ni aumento de méritos, ni satisfacción de penas, ni otra cosa alguna, estando todo entregado a mi disposición en favor de la caridad. Así, pues, a imitación mía harás y padecerás en silencio, sin más interés que la gloria de Dios en el establecimiento del reinado de mi Sagrado Corazón en el de los hombres, a los cuales quiero manifestárselo por tu medio.»

75. Su aceptación para aplacar la Justicia Divina

Me dio mi Soberano estas santas instrucciones después de haberle recibido; pero no me sacó de mi doloroso estado, en el que sentía una paz inalterable con la aceptación de todas mis penas, y de cuanto se me mostró que debería padecer hasta el día del Juicio, si tal fuese la voluntad de Dios. No me presentó a mis propios ojos sino como un objeto de contradicción y una sentina de todas las repulsas, desprecios y humillaciones, las cuales gustosa veía venir de todas partes a caer sobre mí, sin recibir consolación alguna ni del cielo ni de la tierra. Todo parecía conjurarse para anonadarme. Se me hacían continuas preguntas, y las pocas palabras que en respuesta se me arracaban como por fuerza, no dejaban de ser-

vir de instrumento para aumentar mi suplicio. No podía ni comer, ni hablar, ni dormir; y todo mi reposo y ocupación eran únicamente el permanecer postrada ante Dios, cuya soberana grandeza me tenía completamente perdida en el profundo abismo de mi nada, siempre llorando y gimiendo para pedir misericordia y apartar los rayos de su justo furor.

El empleo que por entonces tenía me causaba un tormento insoportable, suministrando continuas ocupaciones a mi cuerpo y a mi espíritu; pues, no obstante todas mis penas, no me permitía mi Soberano Maestro ni omitir la más pequeña parte, ni conseguir dispensarme de cosa alguna, incluso todos los demás deberes y observancia de mis reglas, a los que me sentía arrastrada por la fuerza de su soberano poder, cual una criminal al lugar de un nuevo suplicio. Porque hallaba tormento en todas partes, y tan engolfada y absorta estaba en mi sufrimiento, que ni espíritu, ni vida tenía, sino para conocer y sentir cuanto acaecía que pudiera causarme dolor. Pero nada de esto me producía el menor movimiento de inquietud, ni de disgusto, aunque entre tantas penas se me conducía siempre por la más opuesta a mi natural inmortificado y más contraria a mis inclinaciones.

76. El refectorio le es un lugar de tormento

Se notó que no comía; se me reprendió por ello, y tanto mi Superiora como mi Confesor me mandaron comer cuanto me pusieran en la mesa. Esta obediencia me pareció muy superior a mis fuerzas, pero Aquel que no me dejaba faltar a ella en la necesi-

dad, me dio ánimo para someterme y cumplirla sin excusa ni réplica; si bien me veía obligada a ir después de la comida a devolver el alimento que había tomado. Y como esto me duró muy largo tiempo, me ocasionó un gran flujo de estómago con muchos dolores, de suerte que no me era posible retener nada de lo poco que comía, después de haberseme conmutado la obediencia impuesta en la de no comer más de lo que pudiera.

Confieso que el comer me ha producido desde este tiempo penas crueles, viéndome precisada a ir al refectorio como a un lugar de suplicio, a que me había condenado la culpa. Por esfuerzos que hiciera para comer indiferentemente de cuanto me presentaban, no podía evadirme de tomar lo que creía más ordinario, como lo más conforme a mi pobreza y a mi nada, las cuales continuamente me decían que, siendo suficientes el pan y el agua, todo lo demás era superfluo.

77. La juzgan posesa

Y para volver al estado de sufrimiento, que no dejaba de ser continuo y aumentaba siempre con aditamentos muy sensibles y humillantes, se me juzgó posesa u obsesa y se me roció con bastante agua bendita haciendo la señal de la cruz y rezando oraciones para arrojar de mí el espíritu maligno. Mas Aquél de que me sentía poseída, me estrechaba con mucha más fuerza contra sí, diciéndome:

«Amo el agua bendita y quiero tanto a la cruz, que no puedo menos de unirme estrecha-

mente con los que la llevan como Yo, y por mi amor.»

De tal modo reanimaron en mi alma estas palabras el deseo de padecer, que me parecían todos mis sufrimientos una gota de agua, la cual, en vez de extinguir, más bien avivaba la sed insaciable que sentía; aunque creo poder afirmar que no había parte alguna de mi ser, ni el cuerpo ni el espíritu, que no tuviese su particular sufrimiento, y esto sin compasión ni consolación alguna. Pues el diablo me daba furiosos asaltos, en los que mil veces hubiera sucumbido si, en medio de cuanto acabo de referir, no hubiera sentido un poder extraordinario, que me sostenía y combatía por mí.

En fin, mi Superiora, no sabiendo ya qué hacer conmigo, me mandó comulgar para pedir al Señor por obediencia me volviese a mi primer estado. Habéndome, pues, presentado a El como hostia de inmolación, me dijo:

«Si, hija mía, vengo a tí como Soberano Sacrificador para darle nuevo vigor, a fin de inmolarte con nuevos suplicios.»

Lo hizo, y me encontré cambiada completamente, que me parecía ser una esclava a la que acabaran de volver a su libertad. Mas no duró esto mucho, porque se comenzó de nuevo a decirme que era el diablo el autor de cuanto pasaba conmigo, y me conduciría a la perdición si no andaba con cuidado con sus astucias e ilusiones.

78. Intenta sustraerse al espíritu que la conduce

Fue éste un golpe terrible para mí, que toda mi vida había estado con temor de ser engañada y de engañar a los demás, aunque sin pretenderlo. Me hacía esto derramar muchas lágrimas, porque no podía en manera alguna sustraerme al poder de este Espíritu Soberano que obraba en mí, y por mucho que pudiera esforzarme, era impotente para alejarle de mí, ni impedir sus operaciones. Porque de tal modo se había apoderado de todas las potencias de mi alma, que parecía estar en un abismo, donde más hundida me hallaba cuanto mayores esfuerzos hacía para salir. Aunque emplease todos los medios prescritos, todo era en vano.

A veces combatía con tal empeño, que quedaban agotadas todas mis fuerzas;

Pero mi Soberano se reía de todo esto y me daba tales seguridades, que disipaba desde luego todos mis temores diciéndome:

«¿Qué tienes que temer entre los brazos del Omnipotente? ¿«Podré dejarte perecer entregándote a tus enemigos, después de haberme constituido en Padre, Maestro y Director tuyo desde tu más tierna infancia, y haberte dado continuas pruebas de la amorosa ternura de mi Divino Corazón, en el cual también he fijado tu actual y eterna morada?»

*Para mayor seguridad, dime la prueba más convincente que deseas de mi amor, y te la daré. Pero ¿por qué luchas contra Mí, siendo Yo tu So-
'o, Verdadero y Unico Amigo?».*

Tales reprensiones de mi desconfianza me produjeron un disgusto y confusión tan grandes, que me propuse desde aquel momento no contribuir jamás de modo alguno a las pruebas que se hicieran acerca del espíritu que me guiaba, contentándome con aceptar humildemente y con todo mi corazón cuanto se quisiera hacer.

79. Nueva repugnancia a escribir su vida

Mi Señor y mi Dios, Vos, que sólo conocéis la pena que sufro en el cumplimiento de esta obediencia y la violencia que necesito hacerme para vencer la repugnancia y confusión que siento al escribir todas estas cosas, concededme la gracia de morir antes de escribir algo fuera de lo que me dicte la verdad de vuestro Espíritu, y haya de daros a Vos Gloria y a mí confusión.

Y por piedad, mi Soberano Bien, no sea esto leído jamás por persona alguna, sino sólo por aquél que, según vuestro beneplácito, lo haya de examinar, para que no me impida este escrito permanecer sepultada en el eterno desprecio y olvido de las criaturas. Dios mío, dad esta consolación a vuestra pobre y miserable esclava. En el momento mismo recibí esta respuesta a mi súplica:

«Abandónalo todo a mi santo beneplácito, y déjame cumplir mis designios sin mezclarte en nada, porque Yo tendré cuidado de todo.»

Voy, pues, a continuar por obediencia. ¡Oh Dios mío!, sin otra pretensión que la de contentaros con esta especie de martirio que sufro escribiendo,

pues cada palabra me parece un sacrificio. ¡Ojalá podáis ser así eternamente glorificado!

He aquí cómo me ha manifestado su voluntad sobre este asunto.

Como siempre me he sentido movida a amar a mi Soberano Señor por amor de Sí mismo, no queriendo ni deseando sino a El solo, no me apegaba jamás a sus dones, por grandes que fuesen respecto a mí, ni los recibía sino porque venían de El, y fijaba en ellos la menor reflexión posible, procurando olvidar todo para no acordarme sino de El solo fuera del cual nada merece mi estimación.

Y así, cuando me fue preciso cumplir esta obediencia, creía serme imposible escribir cosas pasadas hacía ya tanto tiempo; pero El me ha dado a conocer claramente lo contrario; pues, para facilitármelo, me ha vuelto a colocar en las mismas disposiciones de que hablo en cada punto. Así me convenció de su voluntad.

80. Jesús la envía al P. de la Colombière

En medio de mis penas y temores tenía siempre mi corazón en una paz inalterable. Me hicieron hablar con algunas personas doctas, las cuales, muy lejos de asegurarme en mi camino, aumentaron todavía más mis penas.

Finalmente envió aquí Nuestro Señor al P. de la Colombière, al cual había yo asegurado desde el principio, que mi Soberano Maestro me prometió, poco después de haberme consagrado a El, que me enviaría un servidor suyo, a quien quería manifestase, según la inteligencia que sobre ello me daría, to-

dos los secretos de su Sagrado Corazón que El me había confiado; pues me lo enviaba para asegurarme en mis caminos, y para repartir con él las extraordinarias gracias de su Sagrado Corazón, las cuales derramaría con abundancia en nuestras conferencias.

Cuando vino aquí este santo varón, y mientras hablaba a la Comunidad, oí interiormente estas palabras:

«He ahí al que te envió.»

Lo reconocí al instante en la primera confesión de Témperas, pues sin habernos visto ni hablado jamás, me retuvo largo tiempo y me habló como si hubiera comprendido cuanto en mí pasaba. Mas no quise por esta vez abrirle de modo alguno el corazón, y viendo él que quería retirarme para no molestar a la Comunidad, me dijo que, si lo tenía a bien, vendría a verme de nuevo para hablarme en el mismo sitio. Pero me obligó mi natural timidez, que esquivaba tales comunicaciones, a responderle que no pudiendo responder de mí, haría cuanto la obediencia me ordenase. Me retiré después de haber estado allí como hora y media.

81. El Padre le hace estimar los dones de Dios

Poco tiempo después volvió, y aunque conocía yo ser voluntad de Dios que le hablase, no dejé de sentir terribles repugnancias cuando me fue preciso ir, y esto fue lo primero que le dije. Me respondió que le era muy grato haberme dado ocasión de ha-

cer a Dios un sacrificio. Entonces, sin pena ni forma alguna, le abrí mi corazón y le descubrí el fondo de mi alma, tanto lo malo como lo bueno. Sobre este punto me consoló extraordinariamente, asegurándome que no había motivo alguno de temor en la conducta de este Espíritu, pues en nada me separaba de la obediencia, y que debía seguir todas sus inspiraciones abandonándole todo mi ser, para sacrificarme e inmolarme según su beneplácito.

Admirando él que la gran bondad de Dios no se hubiese cansado de tanta resistencia, me enseñó a estimar los dones divinos, a recibir con respeto y humildad las frecuentes comunicaciones y trato familiar con que me regalaba, y a dar por ello continuamente gracias a tan grande bondad. Habiéndole manifestado que este Soberano de mi alma me seguía tan de cerca sin excepción de tiempo ni lugares, que no podía rezar vocalmente, y para hacerlo me violentaba tanto, que en ocasiones permanecía con la boca abierta sin poder pronunciar una palabra, sobre todo en el Rosario, me dijo que no lo volviera a hacer jamás, debiendo contentarme con las preces de obligación, añadiendo el Rosario cuando pudiese.

Habiéndole hablado algo acerca de las caricias especiales y unión de amor que recibía del Amado de mi alma, y no describo aquí, me respondió que yo tenía en todo eso un gran motivo para humillarme, y él para admirar la grandeza de la misericordia de Dios para conmigo.

Pero no quería la Bondad Divina que recibiese consolación alguna sin costarme muchas humillaciones. Esta comunicación me las atrajo en gran número, y aun el mismo Padre tuvo mucho que sufrir

por mi causa, porque se hablaba de que quería engañarle con mis ilusiones e inducirle a error como a los otros. Ninguna pena le causaba esto y no dejó de prestarme continuos socorros en el poco tiempo que permaneció en este pueblo, y siempre. Mil veces me he admirado de que no me abandonase también como los demás; pues a cualquiera otro hubiera disgustado mi modo de conducirme con él, aunque no perdonaba él medio alguno de mortificarme y humillarme, con gran gusto mío.

82. El “puro amor une estos tres corazones para siempre”

Un día que vino a decir Misa en nuestra iglesia, le hizo Nuestro Señor, y a mí también, grandísimos favores. Al aproximarme a recibir la Sagrada Comunión, me mostró su Sagrado Corazón como un horno ardiente, y otros dos corazones que iban a unirse y abismarse en El, diciéndome:

«Así es como une para siempre mi puro amor estos tres corazones.»

Y después me dio a conocer que esta unión era exclusivamente para la gloria de su Sagrado Corazón, cuyos tesoros quería descubriese yo al Padre, para que él los diera a conocer y publicara todo su precio y utilidad. Con este objeto quería que fuésemos, como hermano y hermana, igualmente participantes en los bienes espirituales; y representándole acerca de esto mi pobreza y la desigualdad que había entre un hombre de tan elevada virtud y mérito y una pobre miserable pecadora como yo, me dijo:

«Las riquezas infinitas de mi Corazón suplirán e igualarán todo: háblale sin temor.»

Así lo hice en nuestra primera entrevista. Y su manera humilde y reconocida de recibir ésta y otras varias cosas que, en cuanto a él se referían, le dije de parte de mi Soberano Maestro, me conmovió grandemente y me aprovechó más que todos los sermones que hubiera podido oír.

Y como le dijese que Nuestro Señor no me comunicaba estas gracias sino para ser glorificado en las almas, a las cuales había yo de distribuirlas, sea de palabra o por escrito, según El me diera a conocer su voluntad, sin preocuparme por lo que dijera o escribiera, pues El derramaría allí la unción de su gracia para producir el efecto que pretendía, en el corazón de cuantos lo recibiesen bien; y que yo sufría mucho por mi repugnancia en escribir y mandar ciertos billetes a personas de las cuales me venían grandes humillaciones, me mandó que, aún a pesar de las grandes penas y humillaciones que hubiera de sufrir, no desistiese jamás de seguir los santos impulsos de este Espíritu, diciendo simplemente lo que El me inspirase, y una vez escrito el billete, se lo presentara a la Superiora e hiciese después cuanto ella me ordenara. Hícelo así; y no han sido pocas las humillaciones que por esto he recibido de parte de las criaturas.

83. El Padre le ordena escribir

Me mandó, además, escribir cuanto en mí pasaba, a lo cual sentía una mortal repugnancia.

Escribía, pues, todo para obedecer, y luego quemaba lo escrito, figurándome que así cumplía suficientemente la obediencia; pero sufría mucho con esto, y vinieron los escrúpulos y la prohibición de hacerlo en adelante.

84. Testamento redactado el 31 de diciembre de 1678

Un día me pidió mi Soberano Sacrificador que hiciese en favor suyo, por escrito, un testamento o donación entera y sin reserva, como lo había hecho ya de palabra, de todo cuanto pudiera hacer y sufrir y de todas las oraciones y bienes espirituales que se me aplicaran, ya durante mi vida, ya después de mi muerte.

Me hizo preguntase a mi Superiora si quería hacer de notario en este acto, que El se encargaba de pagárselo muy bien, y que si ésta se negaba, me dirigiera a su servidor el P. de la Colombière; pero aceptó mi Superiora.

Al presentárselo a este Unico Amor de mi alma, me significó su gran contento, y me dijo que lo había ordenado porque quería disponer de aquello según sus designios y en favor de quien le agradase; mas que pues su amor me había despojado de todo, no quería tuviese otras riquezas sino las de su Corazón Sagrado.

En el instante mismo me hizo de ellas donación, mandándome escribirla con mi sangre y según su dictado. La firmé después sobre mi corazón, inscribiendo en él con un cortaplumas el sagrado nombre de Jesús. Hecho esto, me dijo que cuidaría de re-

compensar con el céntuplo el bien que me hicieran, como si a El mismo lo hiciesen ya que nada tenía yo que pretender por ello, y que quería dar a quien había escrito el testamento en su favor la misma recompensa que a Santa Clara de Montefalco, y para esto uniría a las acciones de aquélla los méritos infinitos de las suyas, y le haría por el amor de su Sagrado Corazón merecer la misma corona. Lo cual fue para mí una consolación grande pues la amaba mucho porque nutría abundantemente mi alma con el delicioso pan de la mortificación y humillación, tan agradable al gusto de mi Soberano Maestro, que por darle este placer hubiera deseado se confabulase para mi humillación todo el mundo. Dios también me concedía el favor de que jamás me faltara, pasando mi vida entera con sufrimientos en el cuerpo, ya por mis frecuentes enfermedades, ya por un continuo malestar.

85. Todo se me volvía humillación

Además, sufría mi espíritu abandonos, descaecimientos y la vista de las ofensas de Dios, el cual, por su misericordia, me sostenía siempre, ora entre las persecuciones, contrariedades y humillaciones que me venían de las criaturas, ora entre las tentaciones suscitadas por el demonio, que me ha perseguido y atormentado mucho, y aun por mí misma, que he sido el más cruel adversario que me he visto precisada a combatir y el más difícil de vencer. En medio de cuanto acabo de referir, jamás dejaron de darme toda la ocupación y trabajo exterior que podría sobrellevar; y no era pequeño tormento para mí el

creer que todos me miraban con horror y que sufrían mucho conmigo, pues tenía yo mucho que hacer para soportarme.

Todo esto me causaba una pena continua en el trato con los prójimos, y no tenía otro recurso ni remedio, sino el amor a mi propia abyección, en la cual permanecía abismada con gran motivo; pues todo, aun las menores acciones, se me convertía en humillación. Me miraban como una visionaria infatuada con sus ilusiones e imaginaciones, y entre tanto no me era permitido buscar alivio ni consuelo en mis penas, pues me lo prohibía mi Divino Maestro. Quería que todo lo sufriese en silencio, haciéndome tomar esta divisa:

*«Sufrir todo sin queja es mi querer;
mi puro amor impídeme el temer.»*

Quería que lo esperase todo El, y si me acontecía desear el procurarme algún consuelo, por todo alivio hacía que no encontrara sino desolación y nuevos tormentos, lo cual he mirado siempre como una de las mayores gracias que Dios me ha hecho, juntamente con la de no quitarme el tesoro de la cruz, no obstante el mal uso que de él he hecho siempre, volviéndome indigna de un bien tan excelente, por lo cual desearía derretirme de amor, reconocimiento y acción de gracias hacia mi Libertador.

86. Una perfecta copia de Jesús crucificado

Entre tales sentimientos, y en medio de las delicias de la cruz, era cuando le decía: